

Los talleres de crecimiento personal...

Sanando heridas y potenciando el manantial interior

Resumen: los talleres de crecimiento personal comienzan en Guatemala por iniciativa del jesuita Carlos R. Cabarrus. Actualmente se realizan en varios países Latinoamericanos. Bajo el acompañamiento de un equipo interdisciplinario la experiencia que transitan quienes toman los talleres lleva a curar heridas y potenciar el manantial interior.

Los talleres de crecimiento personal se fueron extendiendo desde Centro América hacia el resto del continente. Comenzaron por iniciativa del jesuita Carlos Rafael Cabarrús nacido en Guatemala, 1946. Como maestro de novicios formándose para ingresar a la Compañía de Jesús, Cabarrús constataba las falencias y límites de los aspirantes que dificultaban su desarrollo personal y vocacional. Desde su rol de formador fue adquiriendo la experiencia psico-espiritual que lo llevó a la preocupación por la metodología del discernimiento cristiano. Apelando a recursos y herramientas de diversas disciplinas diseñó talleres que pronto recibieron el nombre de “talleres de crecimiento personal” (TCP). Estos rápidamente se fueron abriendo, recibiendo a novicios de otras congregaciones, a religiosos formados y a laicos.



Cabarrús plasmó el enfoque y la metodología de los TCPs en su libro *Crecer bebiendo del propio pozo. Taller de crecimiento personal* (DDB, 10ª edición, Madrid, 2008). Es el producto de más de doce años de trabajo y experimentación. Como dice el autor, se basa en su experiencia de “haberlo hecho mal como formador”. Esto lo impulsó a la búsqueda de materiales, de técnicas y, sobre todo, de actitudes que le ayudaran a caminar hacia la madurez. El libro es un escrito cuyo propósito es acompañar la experiencia vital de quienes realizan los

talleres. La fundamentación teórica que subyace en toda la obra es la compilación de varias propuestas terapéuticas. De ellas el autor retoma, amplía, reelabora, adapta y genera, en una presentación libre, ejercicios y herramientas tomadas del P.R.H. (Personalité et Relations Humaines), Focusing, Bioenergética... sin omitir las escuelas psicológicas fundadas por Sigmund Freud, y Carl Gustav Jung. El material -que se realiza en tres niveles: personal, en grupo de vida y en la puesta en común- se presenta en cinco partes: la construcción de la comunidad, el descubrir y sanar mi herida, el descubrir y potenciar mi manantial, las herramientas terapéuticas y los complementos teóricos.



Los jesuitas Carlos Cabarrus y Agustín Rivarola



Participantes de un TCP en Argentina

Algo más sobre el jesuita Carlos Cabarrús... Es doctor en Antropología Social y Licenciado en Filosofía y Teología, profesor en la Universidad Rafael Landívar en Guatemala.

Coordinador del *Proyecto de Formación en Valores* y el proyecto *Psico-Histórico- Espiritual*, donde imparte talleres de formación en valores, talleres de crecimiento personal y ser persona en plenitud. Se ha dedicado a la formación de religiosos y laicos en talleres en Guatemala, diversos países de América Latina, Estados Unidos, Japón y España. Fundador en 1993 y director hasta el 2002 del Instituto Centroamericano de Espiritualidad (ICE), en Guatemala. Profesor de psicología religiosa, talleres de conocimiento personal, análisis social y trabajo de campo dirigido. Complementó sus estudios académicos con una sólida formación, tanto en el campo de la espiritualidad como en el de la orientación psicoterapéutica (Psicología Religiosa, Focusing, Bioenergética, entre otros). Autor de numerosos títulos sobre espiritualidad y antropología entre los que cabe destacar: *Orar tu propio sueño; Acompañamiento para el discernimiento; Ser persona en plenitud; La mesa del banquete de Reino; Cuaderno de bitácora para acompañar caminantes, Haciendo política desde los sin poder.*

Difusión de los TCPs en América Latina...

El Instituto Centroamericano de Espiritualidad de los jesuitas en Guatemala fue la cuna de estos talleres. Allí transitan por la experiencia y la formación de los talleres personas procedentes de diversos países latinoamericanos. Fue en este centro donde ocurrieron dos fenómenos: el primero, Cabarrús creó un PROGRAMA de ACOMPAÑAMIENTO y FORMACIÓN (PAF), de cuatro meses de duración, que ha recibido 50 participantes al año desde 1993 hasta la fecha. Nació como una propuesta para “formar formadores” de seminarios y congregaciones religiosas, pero siempre abierto a toda persona necesitada de un tiempo intensivo de actualización. Los participantes de este programa venían principalmente de Centroamérica, un poco de otros países latinoamericanos, y en menor número de Europa, África y Asia. Fueron los egresados de este programa quienes, al regresar a sus países de origen, comenzaron a difundir los TCPs. Por ejemplo en Argentina –por tomar uno de los países donde se afianzó la propuesta– el TCP comenzó en enero de 2002, en Mendoza, con un equipo formado por Estela Gómez, de las Hermanas de la Misericordia Irlandesas, el jesuita Agustín Rivarola y Mariela Jiménez, de la congregación Hijas de San José. Si bien los integrantes del equipo fueron variando de acuerdo a sus posibilidades, casi sin interrupción se viene ofreciendo en el país al menos un TCP por año, con un promedio de 30 participantes cada uno.

El segundo fenómeno que ocurrió, muy ligado al desarrollo del ICE fundado por Cabarrús, fue la consolidación de lo que él llama “tríptico psico-histórico- espiritual”, clave hermenéutica para comprender la eficacia y finalidad del TCP. En varias de sus intervenciones, conferencias y escritos, Cabarrús rechaza ser identificado solo por los TCP. Dice que estos talleres son solo un primer paso, muy importante, para transformar el corazón de las personas. Pero aunque parezca una locura, la intención de fondo del TCP es la transformación de las estructuras injustas de este mundo, para lo cual necesita un sujeto que viva de su manantial y se comprometa con Jesús. Muy claramente lo dice en la página 21 del libro *Haciendo Política desde el sin poder* (DDB, Bilbao, 2008): “Los tres elementos de ese “tríptico” –la plenitud humana, la fe y el compromiso- deben interrelacionarse teniendo en cuenta que, si no, lo que suele darse es, o puras psicologizaciones o espiritualizaciones falsas, o radicalismos sociales fatuos. De alguna manera, tanto el ser personas en plenitud y vivir la experiencia de Dios, como realizar el compromiso de modificar el rostro del mundo, implican núcleos de acción. Hay un llamado a efectuar una tarea colectiva por el bien de este mundo, especialmente para quienes han sido desheredados. La comunidad cristiana sería una forma de vivir y concretar la tarea colectiva, aun sabiendo que hay muchas experiencias meramente humanas igualmente válidas”.

Es decir, Cabarrús ofrece el TCP con una intencionalidad política. Suena raro, ¿no? Poner de pie a las personas, que descubran a Dios en su propio manantial, y seducidas por Jesús se comprometan por otro mundo posible. Una intencionalidad política, pero una política desde el corazón de Dios. Cabarrús no está inventando la pólvora, sólo ha traducido lo que Jesús de Nazaret postuló como “Reinado” de Dios. Viviendo el “Reino” que predicaba, Jesús estaba haciendo política según el corazón de Dios¹. Y en esta categoría evangélica, los primeros puestos son para los pobres, pecadores y desahuciados. La Buena Nueva es que ellos son los privilegiados de Dios.² “Quienes vivimos ofreciendo el TCP -dice Agustín Rivarola entrevistado

¹ “Toda la actuación de Jesús está encaminada a generar una sociedad más saludable: su rebeldía frente a comportamientos patológicos de raíz religiosa como el legalismo, el rigorismo o el culto vacío de justicia; su esfuerzo por crear una convivencia más justa y solidaria; su ofrecimiento de perdón a gentes hundidas en la culpabilidad; su acogida a los maltratados por la vida o la sociedad; su empeño en liberar a todos del miedo y la inseguridad para vivir desde la confianza absoluta de Dios” (Pagola, “Jesús, aproximación histórica”, pág 101.)

² “Los pobres en el tiempo de Jesús eran los excluidos socialmente (leprosos, deficientes mentales), los marginados religiosamente (prostitutas y publicanos), los oprimidos culturalmente (mujeres y niños), los dependientes socialmente (viudas y huérfanos), los minusválidos físicamente (sordos, mudos, lisiados y ciegos), los atormentados

a los fines de esta nota en marzo 2017- soñamos con ofrecerlo a participantes de bajos recursos, hacerlo accesible para quienes viven en la calle, y algún día también para prostitutas y transexuales.”

Con el tiempo los TCPs se fueron difundiendo por diversos países de la Región. En la actualidad se realizan periódicamente en Guatemala, Ecuador, Perú, Argentina, México, Puerto Rico, EEUU, Bolivia y Cuba. Fuera del continente se difundieron en España y en Japón. En cada lugar la propuesta es llevada adelante por un equipo interdisciplinario que con creatividad la adapta y la enriquece con la expertise de sus miembros. La motivación más profunda del Equipo del TCP es que cada persona que participa de los talleres descubra en lo más profundo suyo el enorme caudal de vida que posee, y que desde allí descubra que en ese manantial siempre ha estado el Dios verdadero, “el Agua Viva”, la imagen del Dios que Jesús nos regaló casi incesantemente. Un Dios que es quien sana, potencia e invita a participar también de la “redención del género humano” y de la tierra, y a trabajar denodadamente por su proyecto neurálgico: Su REINO.



¿En qué consisten los TCPs? La propuesta consiste en un espacio que comparten una 20-40 personas durante aproximadamente 10 días. La experiencia propicia un reconocimiento del proceso vulnerado (la herida) y el pozo de la positividad (el manantial). Como en todo taller, los participantes aprenden a usar herramientas que los capacitan y ayudan a limpiar su herida y potenciar su manantial. La metodología empleada es la formación teórica, la reflexión personal, el trabajo en grupos y la convivencia, además del acompañamiento del equipo. El camino

psicológicamente (poseos y epilépticos), los humildes espiritualmente (gente sencilla, pecadores arrepentidos)”.
Haciendo política desde el sin poder, pág. 39-40.

propuesto para desarrollar plenamente la dimensión humana es el de limpiar la herida desde el propio manantial, para pasar a la plenificación de la existencia que consiste en la capacidad de crear el amor y las condiciones del mismo. Por esto, el compromiso con el crecimiento personal, en la propuesta de los TCPs, es un proceso continuo que sólo es posible si se nutre con el agua del propio pozo, el agua que nace del manantial interior, el Dios “más íntimo que mi intimidad”.

Existen dos claves subyacentes, curiosamente ausentes en otros tipos de cursos: la importancia del grupo, y la dimensión corporal. Un proceso sólo intelectual o cognitivo, no es considerado como proceso formativo desde la perspectiva de Cabarrús. La experiencia debe ser comunitaria, como “entre nos”, de comunicación. Es una experiencia personal que se adquiere en lo colectivo. Por eso, el espacio del “Grupo de Vida”, que debe de mantenerse a lo largo del proceso, sería como la experiencia básica para aprender a construir el tejido social. El grupo es el gran terapeuta, el gran acompañante y el gran cotejador. Por otra parte, la corporalidad tiene una palabra privilegiada. Tomando el concepto de “self sense” (sensación sentida) de Eugene Gendling, el cuerpo es la fuente de información y acceso al propio conocimiento. Es un ratificador de la experiencia y de la sabiduría ganada, como también cotejador del camino elegido.

Sin embargo, el TCP ha sido y sigue siendo objeto de muchas críticas y descalificaciones, especialmente por parte de aquellos que no han hecho la experiencia. Por lo general, se cuestiona que el TCP es una amenaza para la Vida Consagrada, que pone en crisis a las personas, y que despiertan la sexualidad. Y por todo eso, dice Agustín Rivarola durante la entrevista de marzo 2017, “no hay que preocuparse: el TCP ‘muestra lo que hay’, saca a la superficie la realidad de cada uno, pues no hay otro camino de crecimiento y transformación que la propia verdad”. Sigue Rivarola: “Ireneo de Lyon decía: ‘no se redime sino lo que se asume’, y nosotros agregamos ‘no se asume sino lo que se reconoce’. Durante el TCP reconocemos nuestra humanidad, no para mirarnos el ombligo, sino para asumirla y redimirla. La gente que llega al TCP trae dimensiones dormidas y olvidadas, que durante el taller evocan para que puedan ser asumidas y redimidas. Una humanidad que es corporal. Somos cuerpo. El cristianismo no rechaza la materia, la corporeidad. ¿Por qué las crisis? “Al reconocer nuestro manantial – continúa Rivarola- y, especialmente, sus tesoros de identidad-conciencia-Dios, algunas de nuestras opciones y decisiones pueden entrar en crisis. Es posible que, por falta de conocimiento propio, decisiones y opciones de nuestra vida hayan sido tomadas desde un miedo, desde una

compulsión, desde una herida personal. Una opción que se toma desde la herida no produce verdadera felicidad, por eso es necesario revisar la opción y volver a elegir desde esa conciencia que es el manantial hecho voz... sabiendo que ser fiel a uno mismo (fiel a la voz de la conciencia) es ser fiel a Dios: ‘la propia conciencia es el primero de los vicarios de Cristo’ (Catecismo de la Iglesia N° 1778).’”

Rivarola manifiesta que durante sus quince años de trabajo con los talleres de crecimiento ha sido testigo de grandes transformaciones en las personas. “Si tuviese que resumirlo de algún modo, -dice Rivarola- los cambios corporales son el mejor testimonio de su transformación. Pues para que cambie el cuerpo (el modo de pararse, de erguirse, la postura corporal al caminar) es posible porque antes se pudo modificar el pensamiento, el modo de mirar la vida, las personas y a sí mismos. Y a su vez, esto fue posible porque se ha drenado tanta carga negativa que arrastramos por años. Y una persona así transformada, así conectada con su propio pozo de cualidades, contagia eso que Jesús llamaba Reino, es decir, nuevas relaciones con Dios y con la sociedad. De esta manera, ya no podrá separar su propia transformación humana, de la transformación que Dios genera en su persona, y de las transformaciones que juntos (ella y Dios) deciden generar a su alrededor, en su entorno social”

Práctica Transformadora a cargo de la Dra. Ana Lourdes Suárez del Observatorio Socio Pastoral